



# CRAIG RUSSELL LENNOX

«Lennox es una novela criminal que trasciende el género (...)  
A esto se le llama saber contar una historia.»

Michael Connelly

Lennox



Lennox  
Craig Russell

Traducción de Eduardo Hojman

**Rocaeditorial**

Título original inglés: *Lennox*  
© 2009 by Craig Russell

Primera edición: abril de 2010

© de la traducción: Eduardo Hojman  
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.  
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona  
info@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.  
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-054-0  
Depósito legal: M. 7.530-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Colin

## Prólogo

A lo largo de mi vida he tenido que dar muchas explicaciones para salir de un aprieto, pero éste los supera todos.

Estoy apoyado contra la pared de un cuarto en el primer piso de un almacén portuario vacío. Estoy apoyado contra la pared porque dudo que pueda ponerme de pie sin algo que me sostenga. Trato de deducir si hay algún órgano vital en la parte inferior izquierda de mi abdomen, justo por encima de la cadera. Intento recordar los diagramas de anatomía de todas las enciclopedias que abrí de niño porque, si resulta que sí hay órganos vitales en esa zona, estoy bastante jodido.

Estoy apoyado contra una pared en un almacén portuario vacío tratando de recordar diagramas de anatomía y hay una mujer en el suelo, a un par de metros delante de mí. No me hace falta recordar las enciclopedias de mi niñez para saber que hay un órgano bastante vital en el cráneo, por más que, según parece, a mí no me ha sido de gran utilidad en las últimas cuatro semanas. En cualquier caso, la mujer del suelo ha perdido gran parte del cráneo y la totalidad de la cara. Lo que es una pena, porque era una cara hermosa. Una cara verdaderamente hermosa.

Junto a la mujer sin cara hay una gran bolsa de lona que ha caído sobre el suelo mugriento y a la que se le ha derramado la mitad de su contenido, que consiste en una cantidad ridículamente grande de billetes de banco usados y de gran valor.

Estoy apoyado contra una pared en un almacén portuario vacío con un agujero en mi costado tratando de recordar diagramas de anatomía, mientras una mujer muerta despojada de

su hermosa cara yace en el suelo junto a una gran bolsa de dinero. Eso ya bastaría para decir que estoy metido en un buen lío, pero también hay un hombre grande como un oso que mira a la chica, la bolsa y luego a mí. Y tiene una escopeta: la misma que le arrancó la cara a ella.

He estado en situaciones mejores.

Creo que debo explicarme.

## Capítulo uno

*H*ace cuatro semanas y un día yo no conocía a Frankie McGahern. Tampoco sabía que ésa era una situación muy deseable. He de admitir que mi vida no carecía de altibajos —aunque los momentos bajos superaban en número a los altos— y conocía a un montón de gente que otros hubieran cruzado la calle con tal de evitar, pero Frankie McGahern era una estrella brillante que aún no había cruzado mi cielo.

Sí conocía el apellido McGahern, por supuesto. Frankie formaba parte de un dúo: los Mellizos McGahern. Yo había oído hablar de Tam McGahern, el hermano mayor de Frankie por tres minutos, un conocido gánster de peso medio de Glasgow, de aquellos a quienes los tíos grandes dejaban en paz principalmente porque no valía la pena buscarse problemas por su causa.

Lo gracioso sobre los Mellizos McGahern —dependiendo de cómo definamos «gracioso»— es que, aunque aparentemente eran idénticos, el parecido terminaba allí. A diferencia de su hermano, Tam McGahern era listo, duro y peligroso de verdad. Y había segado vidas. La brutalidad que había aprendido en las calles apartadas de Clydebank la había puesto a punto profesionalmente durante las guerras en África del Norte y Oriente Próximo. Tam, la rata de los callejones, se había convertido en una condecorada Rata del Desierto.

Frankie McGahern, por el contrario, había evadido el servicio militar gracias a un pulmón deficiente. Mientras Tam estaba en el servicio activo, su hermano, menos capaz, se quedó a cargo de los negocios de los McGahern. A Frankie ya le habían dislocado la nariz para cuando Tam retomó el con-

trol pleno a su regreso de Oriente Próximo. Con el cerebro de Tam otra vez al frente, el pequeño imperio McGahern volvió a crecer.

Pero si bien las operaciones de los Mellizos no eran desdeñables, no afectaban demasiado a los Tres Reyes, la tríada de jefes criminales de Glasgow que controlaban prácticamente todo lo que ocurría en la ciudad. Y que me proporcionaban, entre los tres, una buena parte de mi trabajo. Los Tres Reyes marcaban los límites a Tam McGahern, pero aparte de eso dejaban a él y a su hermano en paz. Tam no era un simple perro al que habían decidido no buscarle las pulgas: era un perro malvado, rabioso, brutal y psicópata al que habían decidido no buscarle las pulgas, si bien lo mantenían sujeto con una cadena corta.

Hasta hace ocho semanas y dos días.

Hace ocho semanas y dos días, Tam McGahern estaba pasando la velada en un piso mugriento en la planta superior de un bar de Maryhill beneficiándose a una muchacha de diecinueve años, sin duda con esa directa y firme falta de interés en los refinamientos que ha convertido a los escoceses en la envidia de todos los amantes latinos. McGahern era el dueño del bar de abajo y, a todos los efectos, también de la chica de arriba.

12

Cerca de las dos y media de la mañana, el coito quedó interrumpido por alguien que golpeaba con fuerza la puerta de la planta baja del piso. Al parecer, el visitante también profirió obscenidades a través de la ranura del buzón que básicamente ponían en duda que las dimensiones de Tam McGahern fueran suficientes para satisfacer a su acompañante. Éste bajó corriendo las escaleras vestido sólo con una camisa Tootal, calcetines marcados con un monograma y blandiendo un cuchillo de cocina. Apenas abrió la puerta se encontró con dos caballeros imponentes y bien vestidos que llevaban una escopeta de cañones recortados cada uno. Después de cerrarla de un golpe, McGahern se dio la vuelta para subir las escaleras a toda velocidad, pero los visitantes habían impedido que se cerrara la puerta con el hombro y ambos dispararon.

Un enema de plomo, como dicen en Glasgow.

Me enteré de todo esto por Jock Ferguson, un amigo que tengo en el Departamento de Investigaciones Criminales de

Glasgow. Bueno, más un conocido que un amigo, y probablemente más un contacto que un conocido. Ferguson también me contó que Tam McGahern todavía estaba vivo cuando llegó el primer coche patrulla Wolseley 6/90 de la policía. Al parecer los dos agentes se encontraron con que a McGahern le habían disparado más o menos en la parte inferior de la espalda, y sus nalgas e ingle habían quedado reducidas a una sanguinolenta masa de carne cruda. Pura sangre y moco, como les gusta comentar a mis compinches de la policía.

En un clásico e inspirado ejemplo policial de búsqueda de información, uno de los agentes en la escena le preguntó al gánster herido si había reconocido a los hombres que le habían disparado. Cuando Tam McGahern preguntó «¿Me voy a salvar?», el agente de la policía, a pesar de que en ese momento los huevos de McGahern compartían alojamiento con su nuez de Adán, respondió: «Sí... Por supuesto». Llegados a ese punto el gánster dijo: «Entonces atraparé a esos bastardos yo mismo». Y se murió.

De una manera muy similar a como se contaba en los bares de todo Glasgow, mi contacto en la policía me relató ese episodio ante un whisky y un pastel en el Horsehead. Había muchas habladurías en la ciudad sobre el deceso de Tam McGahern; la única diferencia importante era que cuando se trataba de esa clase de asesinatos era habitual que se mencionara entre susurros una lista de nombres de posibles responsables. Pero en este caso nadie parecía tener ningún nombre; aunque McGahern se había ganado una buena cantidad de enemigos, a la mayoría de ellos los había echado de Glasgow y a muchos de esta vida. Si Tam había reconocido a los pistoleros de la puerta, se había llevado sus identidades a la tumba.

Todos sabían que ninguno de los Tres Reyes estaba implicado. Se hablaba de un trabajo externo, de una conexión inglesa; incluso se mencionó el nombre del señor Morrison. Éste —aunque señor Morrison no era su verdadero nombre, naturalmente— tenía la misma clase de arreglo con los Tres Reyes que yo: trabajaba para los tres con total confidencialidad y ellos valoraban su imparcialidad e independencia. Pero, a diferencia de mí, el señor Morrison no hacía investigaciones para los Tres

Reyes; él estaba en el negocio de las mudanzas: específicamente, de mudar a gente de este valle de lágrimas. Nadie sabía qué aspecto tenía el señor Morrison, ni ninguna otra cosa sobre él. Algunos dudaban incluso de que realmente existiera, o pensaban que era un coco inventado por los Tres Reyes para mantener en cintura a la tropa. Según los rumores, si alguna vez te encontrabas cara a cara con el señor Morrison, el siguiente rostro que veías era el de san Pedro. Pero en esta ocasión incluso el señor Morrison estaba fuera de la lista de sospechosos. El asesinato había sido profesional, si bien demasiado público y turbio. En cualquier caso, los Tres Reyes habían dejado claro que Morrison no había participado, y eso lo convertía en oficial. De todas maneras, las conjeturas y los rumores no cesaron, pero no eran más que las especulaciones excitadas y morbosas de jugadores menores en un juego que no entendían.

A mí no me importaba un cuerno. Casi no pensaba en el asesinato de McGahern hasta hace cuatro semanas y un día, cuando conocí a su hermano, Frankie.

14

No fue un encuentro accidental: en Glasgow, todos los que desean localizarme pueden hacerlo. Oficialmente había alquilado una oficina de una sola habitación en la calle Gordon, pero mi horario principal de consulta —entre las siete y media de la tarde y las nueve de la noche— tenía lugar en el bar Horsehead. Y allí fue donde Frankie McGahern me encontró. Mi primera impresión de Frankie fue la de ver un traje de Savile Row en una percha equivocada; a pesar del corte caro y de las voluminosas joyas de oro, tenía el aspecto típico de los glasgowianos: era pequeño, moreno, de piel picada y los hombros hundidos por el resentimiento.

—¿Eres Lennox? —Frankie formuló la pregunta como si fuera una invitación a una pelea.

—Soy Lennox.

—Me llamo Frankie McGahern. Quiero hablar contigo.

—Siempre estoy abierto al diálogo —dije, con mi habitual sonrisa encantadora. En una ciudad donde la mayoría de los potenciales clientes con los que uno se cruza tienen desde una navaja de afeitar a una 45 ocultas en un práctico bolsillo, es conveniente tener una sonrisa encantadora.

—Aquí no.

—¿Por qué no?

—No me fastidies. Sabes por qué no.

Y era cierto. Una buena cantidad de los que pastoreaban en la barra se esforzaban demasiado en aparentar que no estaban aguzando el oído para captar cada una de las palabras intercambiadas en la bruma gris azulada de humo de cigarrillos. Era probable que muchos de ellos no creyeran que estaban viendo a Frankie, sino al fantasma de Tam McGahern. Los McGahern eran el cotilleo más popular, y que Frankie se acercara a mí me convertía en parte de ese cotilleo. Eso no me gustaba. De hecho, era un gesto sorprendentemente torpe y visible por parte de Frankie. Corría el chiste de que después del asesinato de Tam, ahora Frankie atendía cada llamada a la puerta diciendo: «¿Quién es, un amigo o un enema?».<sup>1</sup>

—Entonces, ¿dónde?

Me dio una tarjeta impresa con la dirección de un garaje de Rutherglen.

—Ven a verme al garaje mañana a las nueve y media.

—¿De qué va esto?

—Tengo un trabajo para ti. De los tuyos, de los de averiguar cosas.

—Hay cosas que trato de no averiguar —dije—. Creo que lo que tú quieres que investigue es una de ellas.

Los pequeños hombros se cuadraron dentro del traje de Savile Row. La piel picada de viruela de su rostro se puso tensa, como un gato que echa las orejas hacia atrás antes de saltar sobre un ratón. Pero yo era un ratón grande, y se inclinó hacia delante.

—Puedes decidir si te presentas o no. Pero si no vienes a buscarme, yo vendré a buscarte a ti. *Capice?*

Hay algo en el italiano o en cualquier otro idioma latino pronunciado con acento escocés que me parece graciosísimo.

1. Juego de palabras entre los sustantivos *enemy* («enemigo») y *enema* («enema, lavativa»), que se pronuncian de manera similar. (*N. de la E.*)

Frankie captó mi sonrisa disimulada y dio un paso más hacia mí y hacia la violencia.

—Entonces tenemos un problema, amigo —dije, separándome de la barra para enfrentarme a él de lleno.

Por lo general era en este punto cuando Audie Murphy o Jack Palance llevaban la mano a la funda del revólver. Si hubiera habido un piano de bar de mala muerte en la esquina, habría dejado de sonar. En la realidad, nuestra pequeña coreografía hizo enmudecer todas las conversaciones a nuestro alrededor. Los pequeños ojos de McGahern parecieron volverse todavía más pequeños, como los de una rata, duros y relucientes de odio. De pronto pareció darse cuenta de que teníamos público y se le vio menos seguro de sí mismo.

—No hemos acabado con esto, Lennox.

—Oh, yo creo que sí.

—Mi dinero vale tanto como el de cualquiera de los Tres jodidos Reyes... Como el de cualquiera. Harás este trabajo para mí. No te lo estoy pidiendo, te lo digo. Preséntate allí mañana a la noche. —Se volvió abruptamente y salió del local.

16

Pedí otro whisky y lo diluí con agua del grifo de bronce del mostrador. Me di cuenta de que todavía tenía la tarjeta de McGahern en la mano y la deslicé en el bolsillo de la chaqueta. Big Bob, el camarero, apoyó sus antebrazos de Popeye con tatuajes grises azulados sobre la barra.

—Ése es un capullo mal nacido. —Señaló con la cabeza en dirección de la estela que McGahern había dejado en el aire enrarecido por el humo—. Tal vez te habría convenido aceptar lo que él quería que hicieras. Menos líos.

Me reí.

—Quiere que averigüe quién se cargó a su hermano. Si cruzo esa línea tendré más problemas que los que él podría causarme. Todo Glasgow sabe que Frankie no vale nada sin Tam. Y no me interesa meterme con el proceso de selección natural de las pandillas.

—Sólo cuídate las espaldas, Lennox. McGahern es una rata traicionera —dijo Big Bob encogiéndose de hombros.

Las cosas tendían a ponerse un poco desquiciadas cuando llegaba el momento de echar a la gente del local. Las presbiterianas leyes escocesas que regulan la venta de bebidas alcohólicas alientan que se beba contrarreloj, aunque a los glasgowianos tampoco hace falta alentarlos mucho. Y cuando a los hombres que han bebido demasiado y demasiado rápido se los arroja al aire nocturno llenos de una jovialidad asesina, se produce algo similar a una explosiva reacción química. De modo que, después de otro par de whiskys, salí a la calle cerca de las nueve y media para llegar a casa antes de que se desatara la furia.

Glasgow estaba reluciente como la tinta por la lluvia que había dejado de caer. La Segunda Ciudad del Imperio era una urbe negra; sus impresionantes edificios se habían convertido en sombras llenas de la oscura suciedad de sus actividades; había niños que pensaban que el color natural de la piedra era el negro. La lluvia, fuerte y frecuente, nunca lavaba la ciudad, sino que le pasaba un trapo con aceite.

Vi el Humber negro aparcado al otro lado de la calle unos doscientos metros hacia atrás. «Oh, Frankie —pensé—, ¿por qué tenemos que bailar?» Simulé que no me había percatado del vehículo y comencé a caminar hacia mi Austin Atlantic. Cuando lo alcancé, volví a mirar al otro lado de la acera. El Humber no se había movido.

Hay cosas que se aprenden en la guerra y que luego permanecen con uno. Ser consciente de que los ataques no siempre vienen de la dirección que uno espera es una de ellas. Frankie, quien a diferencia de su hermano no había combatido en la guerra, cometió el error de dar un paso a un lado para atacarme desde un ángulo mejor mientras seguía cubierto por las sombras del umbral que estaba a mis espaldas. Su movimiento fue tan previsible como torpe, y yo pude reconocer una navaja en el arco brillante como un relámpago que reflejó la luz de la calle. Uno no pierde el tiempo cuando lo atacan con una navaja, de modo que me volví y le di una patada en el centro del pecho, con fuerza. Oí cómo el aire salía de él y blandí la porra corta de cuero que siempre guardaba en el bolsillo de la chaqueta. Le di de lleno en un lado de la cabeza. Volví a em-

plear la maza, le insensibilicé la muñeca y la navaja cayó al suelo con un estrépito.

Yo sabía que ya había acabado, pero estaba enfadado con Frankie por no haber desistido cuando le dije que su propuesta no me interesaba. Guardé la maza, agarré unos mechones de su pelo lustroso y lleno de Brylcreem y le propiné unos puñetazos secos, fuertes y directos a la cara. Tres, en rápida sucesión. Los golpes me lastimaron la mano, pero sentí que el cartílago de su nariz se quebraba con el impacto del segundo puñetazo y su elegante camisa se tiñó de rojo oscuro a la luz de la farola. Volví a golpearlo, esta vez en la boca, para partirle los labios. Ya había terminado. Lo empujé contra la pared, me limpié las manos en su traje de Savile Row y lo dejé deslizarse por la pared y caer en un estado de inconsciencia.

—¿Hay algún problema, caballeros?

Me volví y vi que el Humber negro se había acercado por la calle. Su pasajero era un hombre inmenso y corpulento de unos cincuenta años, vestido con un traje gris y un sombrero de ala ancha encasquetado con fuerza sobre un cabello blanco, corto y de punta. McNab.

—Ningún problema, superintendente.

Tomé un largo aliento y le dediqué una sonrisa encantadora. Pero no lo bastante como para impedir que McNab y su chófer uniformado salieran del Humber camuflado. McNab contempló desde una altura de casi dos metros la arrugada silueta de Frankie.

—Vaya, vaya, el hermano del recientemente fallecido señor McGahern. Veamos, Lennox, ¿qué demonios tienes tú que ver con un capullo como éste?

—¿Lo conoce? Me temo que yo no... Justo pasaba por aquí y noté que necesitaba ayuda. Creo que ha bebido unas cuantas copas de más... Debe de haberse caído.

—Si... Parece que ha interrumpido la caída con su nariz.

McNab se inclinó y giró la cara de Frankie hacia la luz. La nariz estaba rota y tenía muy mal aspecto, era cierto. También presentaba un verdugón de sangre negra y rojiza como una arruga en sus labios hinchados, pero tampoco es que Frankie fuera un galán de cine de antes.

—A veces pasa, superintendente. Estoy seguro de que en su carrera en la policía de Glasgow usted se ha topado con muchos desafortunados incidentes similares a éste en las celdas.

McNab dio un paso hacia mí y eclipsó Glasgow. Se quedó callado un par de segundos, lo que evidentemente era una estudiada técnica de intimidación. Yo traté de no mostrarle que estaba dando resultado. Por fortuna, Frankie volvió a atraer su atención al empezar a gemir y a hacer ruidos como de gárgaras. El agente uniformado le hizo ponerse de pie.

—¿Qué ha pasado, McGahern? ¿Quieres presentar una denuncia?

Frankie me miró con un odio sordo y desenfocado, luego negó con la cabeza.

—Lárgate, Lennox —dijo McNab—. Pero asegúrate de estar localizable.

—Es bueno saber que un oficial de su experiencia y rango patrulla las calles de Glasgow, superintendente.

McNab me fulminó con la mirada.

—Buenas noches, señor McNab.

Volví a mi apartamento cerca de las diez y media, me serví un whisky Canadian Club y me dediqué a contemplar los tranvías, los escasos coches y las multitudes de peatones en Great Western Road. No estaba contento. Le había dado a Frankie McGahern más bofetadas de la cuenta; tal vez él no era tan gánster como su hermano Tam, pero tenía bastantes contactos y era lo bastante peligroso como para preocuparme.

Y había otra cosa que me molestaba: el superintendente de detectives Willie McNab. Veinticinco años de servicio en la policía de Glasgow, dos hijos en el cuerpo, figura prominente en las órdenes masónica y de Orange. Y un cabrón al cien por cien. McNab había empezado su carrera policial como uno de los cosacos de Sillitoe, la patrulla montada creada en la década de 1930 por el jefe de la policía de Glasgow, Percy Sillitoe, para acabar con las bandas. Sillitoe, según los rumores, ahora estaba a cargo del MI5. En el mundo de sospecha y desconfianza de la posguerra, Sillitoe había pasado a perseguir a comunistas y

extranjeros en lugar de a los navajeros de Glasgow. Pero allá por los años treinta, los cosacos de Sillitoe tenían fama de ser tan violentos como las pandillas de delincuentes a las que combatían.

De modo que Willie McNab había empezado su carrera fracturando cráneos de los miembros de los Bridgeton Billy-boys, los Norman Conks y la pandilla de la colmena de los Gorbals. Desde entonces había ascendido hasta convertirse en el segundo al mando de la fuerza de detectives de Glasgow.

No era alguien a quien uno se encontrara por casualidad patrullando las calles.

McNab había ido allí por una razón y la única que a mí se me ocurría era Frankie McGahern. Mierda; lo único que me había pasado la noche tratando de evitar era implicarme en cualquiera que fuera la lucha de pandillas que estaba detrás de la muerte de Tam McGahern, y ahora me habían atrapado vaporeando a su hermano mellizo.

20      Bebí dos whiskys más y me quedé tumbado en la cama fumando con las luces apagadas y las cortinas abiertas, observando las sombras proyectadas sobre el techo por las luces de la calle y los faros de los coches que pasaban. Me sentía mal por la paliza que le había dado a McGahern. No mal por él: mal por mí. Y no por los problemas que pudiera causarme: me sentía mal porque lo había disfrutado. Porque esto era en lo que me había convertido.

Mi propia posguerra.

Al principio pensé que lo que me había despertado era un trueno. Encendí la lámpara de la mesilla de noche, miré mi reloj y vi que era poco antes de las tres de la mañana; entonces me di cuenta de que los truenos eran los golpes que le daban a la puerta los puños abiertos de un policía. Tuve un ataque de la tos reumática que siempre me sobrevenía cuando me despertaba, gruñí algo obsceno y abrí la puerta. No tuve tiempo de contar cuántos había en el rellano antes de que el puño que había estado golpeando la puerta se abalanzara sobre mi cara, me empujara hacia el interior de mi apartamento y me hiciera caer al suelo.

La policía de la ciudad de Glasgow era famosa por reclutar a su personal en las Highlands, las tierras altas de Escocia. Sus habitantes, los *highlanders*, tienden a ser altos y fornidos, con una altura superior al promedio de los glasgowianos, aunque esa imponente estatura física no suele extenderse a su intelecto; cualificaciones ideales para un policía. Los *highlanders* también poseen un acento agradable y cantarín, y yo sentí que los groseros juramentos proferidos por el oso pelirrojo que me alzó del suelo eran como una serenata. Otro policía me torció las manos detrás de la espalda y las rodeó con un par de esposas. Sentí náuseas por haberme despertado abruptamente y por el sabor a sangre en la boca. La corpulenta complexión de McNab llenó el umbral de mi apartamento.

—¿Qué mierda pasa aquí, McNab?

McNab le hizo una señal a un policía de civil, quien golpeó una porra de veinte centímetros de largo contra mi cabeza, y mi abrupto despertar dejó de ser un problema.

## Capítulo dos

La espaciosa celda policial en la que recuperé el conocimiento tenía el reglamentario olor a desinfectante, mantas mohosas y pis rancio. Me encontraba sentado en una silla, con las manos todavía esposadas a mi espalda. Seguía vestido sólo con mi chaleco y mis pantalones y o bien había quedado atrapado bajo un repentino aguacero de camino a la comisaría o alguien me había tirado agua encima para despertarme.

22 McNab estaba sentado sobre la litera de baldosas de la celda. Había un policía más joven y de aspecto malvado de pie a mi lado con un cubo vacío. Su cara grande de muchacho campesino estaba enrojecida por haber pasado un período demasiado largo de su infancia en algún prado de las Hébridas mirando el viento de frente. No llevaba chaqueta, tenía la camisa arremangada y el cuello desabrochado, como si supusiera que pronto tendría que realizar alguna tarea física esforzada. Me resigné a recibir una paliza.

—Exactamente, ¿qué es lo que se supone que debo confesar? —le pregunté a McNab, pero no dejé de observar al otro policía, que se estaba envolviendo con un trapo empapado los nudillos de la mano derecha.

—No te hagas el gilipollas gracioso conmigo, Lennox. Ya sabes por qué estás aquí.

Enfatizó su observación con un gesto con la cabeza dirigido al policía más joven y un puño se estrelló contra mi nuca. Arrancarle una confesión a un sospechoso es un arte. El golpe en la nuca es una táctica de primera; causa un dolor intenso en la cabeza y sigues recordándolo varias semanas más tarde cada vez que giras el cuello, pero no deja ninguna magulladura que

un juez o un jurado puedan ver. El trapo mojado alrededor del puño impide que se produzca alguna otra lesión más evidente. Dirigiéndose principalmente a las manos del esforzado y mal pagado funcionario público que administraba los golpes, McNab dijo algo, luego esperó hasta que las campanas de mis oídos dejaran de retumbar para repetirlo.

—¿Por qué mataste a Frankie McGahern?

Contemplé confundido a McNab.

—¿De qué está hablando? No estaba muerto. Usted estaba allí. Habló con él cuando recuperó el conocimiento.

Otro gesto. Más relámpagos en mi cráneo. Campanas en los oídos.

—Pero luego regresaste para terminar el trabajo. Me sorprendes, Lennox. Nada de refinamiento. Realmente lo convertiste en carne picada. Uno de los novatos vomitó por todo el lugar. ¿Qué usaste, Lennox? ¿Sólo la llave de desmontar neumáticos?

Miré a McNab durante un momento. Tenía clavados en mí sus ojos grises y pequeños, en medio de una cara demasiado ancha. No podía asegurar si él realmente creía que yo había matado a McGahern o no, pero la paliza de la que estaba siendo objeto daba a entender que él pensaba que yo sabía más de lo que le decía. Lo que era un problema, puesto que yo no tenía la menor idea de qué estaba hablando. Se lo dije en un fluido inglés y recibí un golpe en la nuca. De nuevo. El dolor me hizo sentir náuseas y tuve que contenerme para no vomitar.

—¿Te duele la nuca, Lennox? —McNab se incorporó y adoptó una posición que sugería que ahora me tocaba un juego de dobles. Le miré los zapatos. Eran unos *brogues* marrones, lustrados. Llevaba los gruesos dobladillos de *tweed* tan bien planchados que parecían afilados como un cuchillo—. Bueno, ya no te molestará después de que te la rompas cuando te arrojen por la trampilla en Barlinnie. Te tenemos por dos homicidios: el dúo McGahern.

—Yo no conocía a Tam McGahern, y no conocí a Frankie hasta que él se me presentó anoche en el bar Horsehead.

—¿Qué quería?

—No me lo dijo. Mayormente porque yo no se lo permití.

Pero sí me dijo que era mi clase de trabajo, averiguar cosas. Imaginé que quería que investigara la muerte de su hermano.

—¿Ése es tu tipo de trabajo, Lennox? ¿Resolver homicidios? Tenía la impresión de que era el nuestro.

—Algunas personas no pueden acudir a ustedes. Frankie McGahern, por ejemplo. Pero fuera lo que fuese lo que quería que yo averiguara, lo mandé a dar un largo paseo en un muelle corto. Por eso me estaba esperando fuera: orgullo herido. Lo que no puedo deducir es qué hacían ustedes allí. Seguramente lo estarían vigilando.

—Yo no respondo a gente de tu calaña, Lennox. A ti lo único que te importa es contarnos por qué regresaste a casa de McGahern y terminaste el trabajo que habías empezado.

—Ni siquiera sé dónde está la casa de McGahern.

—Ah, ¿no? —McNab rebuscó en su traje de *tweed* y extrajo la tarjeta que Frankie me había dado. Y que yo había olvidado—. Encontramos esto en tu apartamento. En tu chaqueta.

24

—Tenía la tarjeta de Frankie porque él me la dio en el Horsehead. Pregúnteselo a Big Bob, el camarero. En cualquier caso, ése no es su domicilio. Sólo alguna clase de garaje...

—Allí fue donde encontramos a McGahern, en el taller de reparaciones de su garaje. Con la cabeza destrozada por una palanca de desmontar neumáticos.

—¿Tienen el arma? Debe de tener huellas.

—Nada de huellas. Llevabas guantes.

Lancé un suspiro.

—Los dos sabemos que usted no cree que haya sido yo. Y yo sé que no he sido yo. ¿De qué va todo esto?

—No me digas lo que pienso. —McNab me agarró unos mechones de pelo y me tiró la cabeza hacia atrás. La repentina sacudida me hizo sentir otro relámpago de dolor que me atravesó la nuca. Acercó su cara grande como la luna a la mía y me bañó con un rancio aliento a Player's y Bell's—. ¿Por qué no me dices tú de qué va todo esto, Lennox? ¿Frankie dedujo que fuiste tú quien mató a su hermano? ¿O se trata de dinero?

No dije nada. McNab me soltó el pelo y yo esperé el si-

guiente golpe. No llegó. McNab volvió a sentarse en la litera y señaló la puerta de la celda con un movimiento de la cabeza. El policía arremangado desenvolvió el puño y empezó a irse.

—¿El té de las cinco? —pregunté con una sonrisa.

El gorila retrocedió un paso hacia la celda pero se escabulló cuando McNab hizo un gesto negativo con la cabeza. Una vez que se marchó, McNab me quitó las esposas. Sacó un paquete de Player's y encendió uno, sentado otra vez en la litera. Estábamos poniéndonos íntimos.

—No me caes bien, Lennox —dijo sin malicia, como si estuviera haciendo un comentario sobre el clima. Tal vez no estábamos poniéndonos tan íntimos—. No me gusta nada de ti. La gente que conoces, la forma en que metes la nariz donde no te llaman. Ni siquiera me gusta ese acento yanqui que gastas. —Levantó el expediente color beis que estaba a su lado en la litera—. He mirado tus antecedentes. Nada encaja: canadiense, ex soldado, padres ricos, escuela privada de lujo. Y luego terminas aquí. ¿Por qué alguien como tú querría vivir en este sitio y mezclarse con la gente que te mezclas?

—Nací aquí, pero me criaron en Canadá. Mi padre era de Glasgow. —Se me habían acabado las bromas. Mi pasado era mejor dejarlo enterrado y no me gustaba que McNab hubiera estado hurgando en él.

La verdad era que me habían desmovilizado en el Reino Unido y me habían entregado un billete de barco hacia Halifax, Nueva Escocia. Pero salir de la guerra se parecía bastante a salir de una prisión y, cuando estuve allí de pie, parpadeando bajo la fría luz diurna, sentí que Glasgow me esperaba, como un matón moreno y perturbador merodeando en una esquina. Y aquí estaba, ocho años después, en la Segunda Ciudad del Imperio Británico. Glasgow me venía bien: me ofrecía un confort denso, oscuro. Era esa clase de ciudad en la que podías ocultarte en medio de la multitud incluso de ti mismo.

—Por lo que parece hubo algunos problemillas —dijo McNab, hojeando el expediente—. Te escapaste por los pelos de que te sometieran a un consejo de guerra.

—Me dieron una baja honorable.

Tenía la boca seca y sentía náuseas. Me latían la nuca y la

cabeza. McNab estaba irritándome y sentí ganas de abofetear su estúpida cara redonda. Pero, por supuesto, no podía.

—Sólo porque no pudieron probar nada contra ti. Qué interesante... El ejército era reacio a entregar información sobre ti, pero cuando la Policía Militar se enteró de que yo podría acusarte de algo se han vuelto muy colaboradores. No les caes muy bien a los Gorras Rojas, ¿verdad, Lennox?

—¿Qué quiere que le diga? No se puede ser popular con todo el mundo.

—Algo relacionado con el mercado negro en la zona británica de Alemania. Venta de suministros médicos del ejército a civiles; quinina a prostitutas para abortos, penicilina para sífilis y gonorrea. Qué bonito.

No respondí.

—Sí —continuó McNab—, muy bonito, realmente. Pero según los rumores te peleaste con tu socio alemán... quien apareció flotando boca abajo en el muelle de Hamburgo.

—Eso no tuvo nada que ver conmigo.

—Así como la muerte de Frankie McGahern no tiene nada que ver contigo.

—Tal cual.

—¿Y dices que jamás conociste a Tam McGahern? ¿Ni siquiera en el ejército, durante la guerra?

Fruncí el ceño. Mi confusión era genuina.

—Diferentes ejércitos. Diferentes guerras, para el caso. Me dijeron que Tam McGahern era una Rata del Desierto.

Hubo una pausa. McNab y yo nos miramos. Para ser un hombre tan grande, tenía una apariencia fastidiosamente pulcra. Camisa blanca recién planchada bajo el traje marrón, un nudo perfecto en la corbata burdeos. Yo estaba sin afeitado, con pantalones y un chaleco empapados y sin zapatos. La pulcritud de McNab era un arma psicológica y la única manera en que podía contrarrestarla era concentrarme en la franja roja de irritación que estaba en el punto donde el cuello perfecto de su camisa le rozaba la piel. Era posible excederse con el almidón, después de todo.

—Me ha preguntado sobre el dinero. ¿A qué se refiere? —inquirí.

—Yo hago las preguntas, Lennox. Tú las contestas —respondió sin ira. Me reí ante lo que era un típico lugar común de película, con lo que conseguí reactivar su enfado—. Muy bien, listillo, el dinero que desapareció cuando asesinaron a Tam McGahern. Varios miles, a juzgar por los rumores.

McNab dejó caer la colilla de su cigarrillo al suelo y la aplastó con la punta de su zapato, retorciéndola sobre el cemento con una actitud que daba a entender que el té de las cinco había acabado.

—Ahora voy a pedirle a Fraser que vuelva a unírseos —dijo, casi en tono de disculpa, lo que me perturbó más—. No me estás contando nada. Esto no tiene que ver con el supuesto orgullo herido de Frankie McGahern. Él te atacó con una navaja, y personalmente, no mandó a uno de sus muchachos. Tal vez Frank no fuera ni la mitad de hombre que su hermano, pero estaba a cargo de un equipo bastante grande. Que él quisiera tratar contigo en persona me indica que había algo más entre vosotros. Lo que me dices no tiene sentido.

Me di cuenta de que llevaba razón. Yo había esperado que Frankie McGahern me causara problemas, pero resultó ser mucho más feo de lo que había supuesto, y también más rápido. Por otra parte, en Glasgow las cosas se ponen feas todo el tiempo, muy rápido y sin ninguna razón. McNab esperó un momento a que le contestara. Como no lo hice, se acercó a la puerta para volver a convocar al buen granjero de los nudillos irritados.

—Espere... —exclamé, sin saber en realidad qué decir a continuación—. Le he contado todo lo que sé. Para mí tampoco tiene sentido, pero estoy diciéndole la verdad. Yo no tenía relación con ninguno de los McGahern antes de que Frankie se me acercara anoche en el bar.

—Me cuesta creerlo, considerando los círculos en que te mueves, Lennox.

—Yo no me muevo en «círculos», superintendente. Mi trabajo implica estar en contacto con ciertos personajes, incluyendo a algunos policías, debo decir, con los que otras personas no desearían ni cruzarse por la calle. Pero Frankie McGahern no era uno de mis contactos. Su hermano tampoco.

Otra pausa. McNab no llamó a su matón, pero tampoco volvió a sentarse.

—Cualquier otra cosa que le diga —continué— va a ser un invento para evitar una paliza.

Otro policía apareció en la entrada de la celda. Lo reconocí. Traté de reprimir cualquier expresión de alivio, pero en ese momento me sentía como el último superviviente en un tren del Lejano Oeste cuando oye la corneta que anuncia la llegada de la caballería.

—¿Qué ocurre, inspector?

McNab dejó bien claro que la interrupción le había molestado. El detective que estaba en el pasillo me miró de manera directa, fijándose en mi chaleco mojado y en mis pies descalzos antes de contestar.

—He hablado con la dueña de la casa de Lennox, señor. Ella ha confirmado que él regresó aproximadamente a las diez y cuarto y que no volvió a salir hasta que llegamos nosotros y lo arrestamos.

28

La piel irritada por el cuello de la camisa de McNab se enrojeció todavía más. No hay nada más exasperante que a uno le digan lo que siempre supo pero que había archivado conveniente e indefinidamente en la carpeta de asuntos pendientes.

—Eso es lo que ella cree... —respondió McNab—. Tal vez estaba dormida.

—Dice que es imposible que él pudiera haber salido del edificio sin que ella lo oyera. Dice que está dispuesta a declarar eso mismo en la corte.

La marca que le había dejado la camisa en la piel a McNab quedó absorbida por el color rojo de furia generalizado que atravesó su grueso cuello. Fulminó con la mirada al joven antes de volverse hacia mí e indicarme que podía irme.

Jock Ferguson me esperaba en la recepción de la comisaría. La liberación a regañadientes de McNab no incluía un viaje de vuelta a mi casa, y sentí alivio cuando Ferguson me entregó una camisa, la chaqueta de mi traje y unos zapatos.

—¿Y los calcetines? —pregunté. Ferguson se encogió de hombros.

Jock Ferguson era ese contacto-conocido-amigo que me había informado del deceso de Tam McGahern, uno de los policías con los que yo había tenido tratos en los últimos cinco años. Tenía más o menos mi edad, treinta y cinco años, pero parecía mayor, como ocurría con muchos hombres que habían pasado directamente de la adolescencia a la mediana edad durante la guerra. Tal vez otras personas me veían a mí de la misma manera. Ferguson era más listo que el policía promedio y lo sabía. Por lo general a los policías les gusta que todo sea simple y directo, y Jock Ferguson no era ninguna de esas cosas. Yo tenía la impresión de que siempre había sido una especie de marginado dentro del cuerpo. Su inteligencia era suficiente. También reconocía en él a alguien perseguido por la persona que había sido antes, y tal vez por eso se molestaba en tener trato conmigo. No se me ocurría ningún otro motivo.

—Gracias —dije—. Las cosas se estaban poniendo demasiado íntimas.

Ferguson no me respondió, y me di cuenta de que el sargento de la comisaría, inclinando sus galones sobre el mostrador, nos estaba prestando toda su sombría atención. Ferguson me hizo salir de la comisaría y llegamos a la calle.

—Te llevaré a tu casa —dijo. El hosco amanecer de Glasgow le daba a la ciudad un tono gris negruzco, y yo sentí su frío aliento en los tobillos desnudos—. Espera a que vaya a buscar el coche.

—¿Qué hay del asunto de McGahern? —pregunté mientras atravesábamos la ciudad en el Morris de Ferguson—. McNab trataba de averiguar algo, y se enfadó mucho cuando se dio cuenta de que estaba hurgando en el sitio equivocado.

Ferguson me ofreció un cigarrillo. Lo rechacé con un movimiento de la cabeza y él se encendió uno.

—Ya conoces esta ciudad —respondió—. Dos, tal vez tres millones de personas apiñadas en ella, y sigue siento una aldea. Todos saben quién es quién, quién hace qué... y a quién. Pero el asesinato de McGahern... —Ferguson se corrigió—: Los asesinatos de los McGahern han dejado a todos impresionados.

Nadie sabe quién los cometió ni por qué. A McNab lo están presionando para que los resuelva. Mucha presión, de arriba. Y el problema con la presión de arriba es que tiende a continuar hacia abajo.

—Lo sé —respondí—. Justo sobre mi nuca.

—Pero McNab no tiene ninguna pista, por eso se aferra a cualquier esperanza. Lástima que tú has tenido la mala suerte de ser una de esas esperanzas.

—¿Tú tienes alguna idea?

El nuestro era el único automóvil en la calle; pasamos junto a un carro de caballos cargado de carbón y un grupo de trabajadores en bicicleta que empezaban el primer turno. Giré un poco la cabeza y sentí un tirón de dolor que me hizo recordar mi encuentro con el enrojado peón de granja de McNab.

—¿Yo? —replicó Ferguson con una risita—. No. Tengo la dicha de la ignorancia. Estoy tratando de no meterme en este asunto, como tú. Demasiados problemas para lo que vale.

30 No nos dijimos mucho más hasta que Ferguson se detuvo a la puerta de mi casa. Cuando yo estaba saliendo del coche él se inclinó hacia mi asiento.

—Lennox... Yo en tu lugar mantendría un perfil bajo por un tiempo. Si se te ocurre la idea de meter la nariz, no te hagas caso.

Contemplé cómo el Morris de Ferguson se alejaba por Great Western Road. Confiaba en él lo máximo que se puede confiar en un policía. Entonces, ¿por qué había algo que me molestaba? ¿Y por qué sentía que él acababa de darme el remate de McNab?

Mi vivienda se encontraba en la planta superior de un sólido chalet victoriano sobre Great Western Road. Compartía la puerta principal con la dueña, Fiona White, que vivía en la planta baja con sus hijos; seguramente había sido ella quien había dejado entrar a la policía de madrugada.

Me estaba esperando cuando abrí la puerta de calle.

—Diría que le vendría bien una taza de té —dijo sin sonreír.

La seguí hasta la cocina de su apartamento. Ella se apoyó en la encimera con los brazos cruzados.

—No tiene muy buen aspecto —añadió, sin tono de preocupación—. Señor Lennox, no puedo aceptar que la policía golpee a la puerta de mi casa a cualquier hora de la noche.

—¿Quiere que me marche, señora White?

—No he dicho eso. Pero éste es un barrio decente. Han venido bastantes vecinos a preguntarme qué ocurría. Ya lo toman por un asesino sanguinario.

—¿Usted cómo sabe que no lo soy?

—Supongo que en ese caso no lo habrían dejado en libertad. —Encendió un cigarrillo y arrojó el paquete sobre la mesa de la cocina—. Sírvase. Tengo que pensar en mis hijos, señor Lennox. No quiero que se expongan a esta clase de cosas.

—Era un testigo, señora White. No un sospechoso.

—No sabía que la policía sacaba a los testigos de sus casas medio dormidos en plena noche.

—Les llevó un tiempo deducir que era un testigo.

Sorbí el té. Estaba dulce y caliente y me calmó el dolor de cabeza. No estaba de humor para un interrogatorio de la casa.

La furgoneta del panadero hizo sonar su claxon en la calle y ella se excusó con un tono de «aún no hemos terminado», cogió su monedero y salió a paso vivo. La observé mientras se marchaba. Era delgada, tal vez excesivamente. Era una mujer atractiva, con mejillas como las de Kate Hepburn y unos ojos que habrían sido más bonitos si no fuera por la perpetua sombra de cansancio y tristeza que le cubría el rostro. Fiona White no tendría más de treinta y cinco o treinta y seis años, pero parecía mayor.

Yo había empezado a sentir cariño por la triste y pequeña familia White, que ya había aceptado que su padre y marido yacía en el fondo del Atlántico, pero aun así parecía seguir esperando su regreso de una guerra que había terminado mucho tiempo atrás. Bebí el té.

—Entonces... ¿preferiría que me marchase? —volví a preguntarle cuando volvió.

—No quiero que esta clase de cosas vuelva a ocurrir. Eso es

todo lo que digo por ahora, señor Lennox. En caso contrario, creo que deberá buscar alojamiento en otra parte.

—Me parece justo. —Terminé la taza y me incorporé—. No volverá a ocurrir, señora White. De paso, gracias por decirle a la policía que estuve aquí toda la noche. Eso me ahorró un montón de... incomodidades, podría decirse.

—Sólo les dije la verdad.

La policía se había esmerado en mi habitación y tardé media hora en reordenarla. En realidad mi apartamento consistía en los dos dormitorios de la planta superior y un baño, según la disposición original de la casa. Eran cuartos de buen tamaño y tenían grandes ventanas de guillotina que dejaban entrar mucha luz y que daban a Great Western Road. El mayor de los dormitorios se había convertido en una sala con cocina. La señora White era justa con el alquiler, pero seguía siendo bastante caro.

32

Lo primero que revisé fue el ejemplar de *Lo que nos espera* de H. G. Wells que había encajado en medio de las estanterías. Lo abrí y verifiqué que el hueco que tenía en el medio seguía lleno de grandes, blancos y crujientes billetes de cinco libras del Banco de Inglaterra: mi oro de los Nibelungos de Alemania, que había conseguido aumentar durante mi estancia en Glasgow. Tenía muchos libros y me había parecido un escondite bastante seguro; los policías no suelen ser un grupo muy literario. Lo siguiente fue verificar que el suelo debajo de la cama estuviera intacto. Levanté el segmento que había cortado y revisé debajo de las tablas. Mi mano rodeó un objeto pesado y duro envuelto en hule.

Seguía allí. Por si lo necesitaba.

## Capítulo tres

**D**ormí la mayor parte del día, pero a la mañana siguiente me levanté temprano, me bañé, me afeité y me puse uno de mis trajes oscuros más elegantes. Necesitaba sentirme limpio y renovado. El dolor de la nuca seguía molestándome, por lo que tomé prestado un par de aspirinas de la señora White. Pero había algo más que me incordiaba, aunque no conseguía saber qué era. En todos los diarios se hablaba del homicidio de Frankie McGahern y yo había percibido una frialdad aún mayor en la actitud de la casera.

El racionamiento de petróleo había terminado hacía dos años, pero yo había adquirido la costumbre de dejar el coche en casa si sólo iba a la oficina. Cogí el tranvía hacia el centro y abrí el cerrojo de la puerta de mi despacho, que ocupaba una sola habitación en la calle Gordon. Muchas veces había pensado en abandonarlo, teniendo en cuenta que la mayor parte de mis operaciones se dirigían desde el bar Horsehead, pero había razones legales y fiscales que me hacían conservarlo. También me proporcionaba algún que otro caso de personas desaparecidas, divorcios o robo en fábricas; alguna sordidez legítima para enseñar a la policía y a los de Hacienda.

El despacho fue lo que más me perturbó.

Mientras la policía había arrasado mi piso con su habitual delicadeza elefantina, no había ninguna señal exterior de que alguien hubiera estado en mi oficina, y mucho menos que la hubieran revisado. Pero me di cuenta de que sí lo habían hecho. El ángulo del teléfono sobre el escritorio, la posición del tintero, el hecho de que la silla estuviera acomodada con delicadeza en el hueco del escritorio... era un trabajo verdadera-

mente profesional. Quien fuera que lo había hecho estaba entrenado para revisar sin que lo detectaran. La policía nunca se preocupaba por eso.

Después de hurgar en cada cajón y en cada expediente, estuve seguro de que no faltaba nada de la oficina. Examiné la puerta, prestando especial atención al ojo de la cerradura. No había ninguna señal de una entrada forzada, ni siquiera de que alguien hubiera estado manipulándola, y yo tenía el único juego de llaves. El o los que lo habían hecho eran hábiles, muy hábiles. Y no tenía duda de que si hubieran sido ellos quienes revisaron mi casa habrían encontrado tanto mis ahorrillos como el paquete que tenía escondido debajo de las tablas del suelo. Pero tenía la sensación de que no me enfrentaba a ladrones comunes y, en cualquier caso, habría sido mucho más difícil entrar y salir de mi apartamento con la señora White allí.

Traté de sacármelo de la cabeza y de concentrarme en el caso de una persona desaparecida en el que estaba trabajando. Esa clase de encargos era esencial: un cliente legítimo que me diera y me exigiera recibos significaba que tendría algo convincente para mostrarle al inspector de impuestos. Al menos el cincuenta por ciento de mis clientes trataban de no molestar al hombre de Hacienda y debo admitir que a mí también me gustaba aliviar su trabajo un poco. El caso al que me había dedicado desde la semana anterior era el de la esposa desaparecida de un empresario de Glasgow. Era joven, bonita y animada, y él era de mediana edad, barrigón, con mala dentadura; definitivamente no era Robert Taylor. Formaban una evidente pareja desaparecida basada en el dinero, y yo ya sabía que no podría darle a mi cliente el final feliz que él esperaba.

Decidí concentrar la atención en la esposa que había desaparecido. Quizá si fingía que todo el asunto de McGahern jamás había ocurrido, éste se esfumaría. Telefoneé a la oficina del marido, John Andrews, y quedé en que me encontraría con él en su casa a las seis de la tarde.

Glasgow era una ciudad de camisas arremangadas. Durante cien años su única razón para existir había sido servir como fábrica del Imperio. La Revolución industrial había nacido aquí con un grito de metal y molinos atronadores. Los buques mer-

cantes y militares de Gran Bretaña se construían aquí. Las enormes maquinarias que daban energía al Imperio británico se ensamblaban aquí. El combustible para impulsar esas maquinarias se extraía de esta tierra. Glasgow era una ciudad donde toda pretensión de refinamiento sonaba falsa, donde los chalets de los magnates se codeaban con las chabolas. Bearsden estaba al norte y se vestía como si fuera Surrey, sin embargo estaba a corta distancia, una distancia mugrienta de hollín, del violento y sórdido Maryhill. La casa de John Andrews estaba alejada del murmullo de la calle y se ubicaba en el centro de un jardín espacioso y arbolado. Yo no entendía del todo bien a qué se dedicaba Andrews; era una de esas ocupaciones que se resumían en una generalización poco clara: «importaciones y exportaciones», esa clase de cosas. Fuera lo que fuese lo que hacía, era rentable. Ardbrauch House, la casa de Andrews, era una construcción victoriana de tres pisos, edificada tanto para impresionar como para la comodidad. La verdad era que yo no tenía nada nuevo que contarle a Andrews, principalmente porque había abandonado el caso de su esposa después de todo lo que había ocurrido desde mi encuentro con Frankie McGahern.

35

Andrews había estado brusco al teléfono. Le molestaba que lo llamara a su oficina, a pesar del nombre y de la empresa falsos que me había dado como código para su recepcionista. Pero cuando aparqué en su mansión, él me esperaba en la puerta con lo que parecía una sonrisa estudiada, de las que tiemblan en las comisuras de los labios.

Era un hombre pequeño, regordete, de pelo gris blanquecino y una bolsa de grasa bajo unas mandíbulas débiles. Llevaba un clavel del día en el ojal de su traje de sesenta guineas. Cuando me estrechó la mano, su carnosa palma estaba húmeda.

—Lamento que haya desaprovechado el viaje, señor Lennox. No he tenido tiempo de llamarlo. ¡El misterio está resuelto!

Encogió profundamente sus pequeños hombros en un gesto tan falso como su sonrisa. Todo esto me daba muy mala espina. Y, después del episodio McGahern, me habría venido bien un poco de sinceridad.

—Señor Andrews, ¿hay algún problema?

—¿Problema? —Se rio, pero apartó la mirada—. Todo lo contrario. Me temo que ha sido un terrible malentendido. Lillian me telefoneó esta tarde, poco después de que usted y yo habláramos. La habían llamado de pronto para que fuera a ver a su hermana, que está en Edimburgo. Ésta enfermó de repente, ¿sabe? Lillian me había dejado una nota, pero el papel se había caído detrás del escritorio. Hasta que me telefoneó no se dio cuenta de que estaba preocupado.

—Oh, ya veo —dije. Me estaba soltando tonterías o, como les gusta decir a los locales, pura mierda.

—Tenga, señor Lennox. —Andrews no hizo ningún ademán de invitarme a pasar. En cambio sacó un cheque de su bolsillo y me lo dio. Era mucho más de lo que me debía—. Me siento culpable por haberle hecho perder el tiempo. Espero que esta suma compense los inconvenientes.

Esto estaba muy mal. Pero me guardé el cheque.

—¿Le molestaría que echara un vistazo a la nota que le dejó su esposa? —pregunté.

36

La expresión de alivio de Andrews se tornó vacilante y puso gesto de irritación.

—¿La nota? ¿Para qué? Oh... Me temo que la tiré después de encontrarla. No me parecía que fuera necesario conservarla.

—Ya veo. —Levanté mi sombrero unos centímetros—. Bueno, me alegro de que todo esté resuelto. Adiós, señor Andrews.

Algo titiló en su expresión. Una débil duda, o esperanza. Luego desapareció.

—Adiós, señor Lennox.

Tal vez porque tenía que matar el tiempo, no volví directamente a mi casa. Hay otros métodos además de «importaciones y exportaciones» para ganar el dinero necesario para tener una casa en Bearsden. Me dirigí hacia el norte a través del frondoso barrio residencial de Glasgow y accedí por otra extensa entrada para coches flanqueada de arbustos y árboles muy cuidados. Pero cuando llegué al final no me recibió un

empresario rechoncho y de baja estatura en la puerta de una pequeña mansión; en cambio, había un corrillo de matones ataviados con trajes baratos que observaban mi avance con una actitud que denotaba malas intenciones.

—¿En qué puedo servirle? —El acento de Glasgow era tan espeso como el macasar que tenía en el pelo el gorila que se acercó a la ventanilla del coche. Llevaba unos ajustados pantalones pitillo y una chaqueta que le llegaba a la mitad del muslo. Era la última moda, al parecer. Se suponía que daba un aspecto «eduardiano» y había oído por ahí que sus seguidores se hacían llamar *teddy boys*.

—Quisiera ver al señor Sneddon.

—Oh, claro, no me diga. ¿Tiene una cita? —pronunció cada palabra como si hubiera estado practicando.

—No, dile que soy Lennox. Quiero hablar con él.

—¿Sobre qué?

—Eso es entre el señor Sneddon y yo.

El memo de los pantalones pitillo abrió la puerta del coche y me hizo pasar a la mansión de Sneddon. Como si fuera una parodia brutal de un mayordomo, me indicó que aguardara en el vestíbulo seudogótico. Sneddon me dejó sudando la gota gorda durante media hora antes de salir de la sala de billar inglés. Era su manera de dejar las cosas claras. Yo ahora estaba a su disposición y no podría salir sin su permiso.

Willie Sneddon era uno de los Tres Reyes que gobernaban Glasgow. Puede que su castillo fuera esa mansión estilo seudogótico de Bearsden que nos rodeaba, pero su reino se encontraba en el lado sur de la ciudad. No era un hombre particularmente grande, y se vestía con ropa cara y con un sorprendente buen gusto, pero uno se daba cuenta a primera vista de que todo en él estaba relacionado con la violencia. Era de constitución fornida, pero no corpulenta. Musculoso. Fibroso, como si estuviera hecho de cuerda entretejida. A eso se le añadía el hecho de que en un pasado lejano alguien le había dejado una cicatriz permanente en la mejilla con una navaja.

—¿Qué carajo quieres, Lennox? —me espetó por encima del hombro mientras me hacía pasar a un estudio tapizado de libros que él jamás había leído y que probablemente jamás po-

dría hacerlo. No me invitó a sentarme, pero lo hice de todas maneras.

—He tenido un encontronazo con Frankie McGahern —respondí al tiempo que encendía un cigarrillo.

—Por lo que me han dicho, fue él quien tuvo un encontronazo contigo —respondió Sneddon con una gramática perfecta para la zona de Gavon—. ¿Lo mataste tú, Lennox?

—Ya no estoy bajo sospecha por eso. Ha sido otro. La gran pregunta es quién. Y eso es lo que quería hablar con usted. Quería preguntarle si sabía algo respecto de lo que le ocurrió a su hermano.

—¿Me estás acusando?

—No, señor Sneddon. No lo estoy acusando, sólo se lo pregunto. No se me ocurre ninguna razón por la que usted hubiera mandado matar a Tam McGahern, o a Frankie. Pero nadie conoce esta ciudad como usted...

—¿Sí? Supongo que no habrás hablado con los otros Reyes...

—En realidad, no. He venido a verlo primero a usted.

38

Era cierto y él lo sabía. No le habría costado nada verificarlo. Aunque trató de ocultarlo, me di cuenta de que le gustaba la idea de que de alguna manera yo lo considerara superior a los otros dos Reyes. Decidí no mencionar que estaba en el barrio por casualidad.

—No tengo ninguna puñetera idea sobre el asesinato de Tam McGahern. Por supuesto que si la tuviera no te lo diría, y por lo general me importaría una mierda si me crees o no. Pero realmente no lo sé y no me gusta no saber. No hace falta que te diga que en esta ciudad el conocimiento es poder, y no soy la clase de hombre que acepta no tener alguna de esas dos cosas. ¿Quién te paga para que investigues esto?

—Nadie.

Sneddon alzó una ceja en expresión de duda. Esto podría convertirse fácilmente en otra paliza para que yo entregara una información que no poseía.

—Hablo en serio. Nadie. Creo que Frankie McGahern quería que yo averiguara quién mató a su hermano, pero a mí no me interesaba. Y en ese punto las cosas se pusieron feas. La policía me advirtió de que no me metiera. Supongo que me gusta llevar

la contraria, pero cuando alguien trata de advertirme con una paliza de que no me meta en algo, tiendo a ponerme testarudo.

Sneddon asintió con la cabeza lentamente, con un frío brillo de evaluación en los ojos. Parecía estar tomando alguna decisión.

—Bueno, ahora sí vas a cobrar. Averigua quién se cargó a Tam y a Frankie y yo te pagaré.

—Como he dicho, esto lo estoy investigando por mi propia cuenta...

—Ya no. —El tono de Sneddon me dio a entender que la discusión había terminado. Abrió un cajón de su escritorio de nogal y sacó un rollo denso y apretado de billetes de cinco libras—. Esto es para empezar. Aquí hay cien. Te pagaré doscientas más si me dices el nombre a mí primero.

Cogí el dinero.

—Sabe que no puedo garantizarle nada. Nunca garantizo resultados. Eso lo sabe.

—Entonces habré perdido cien libras. Pero sólo te daré las otras doscientas si me das un nombre.

—Vale —dije, como si tuviera elección—. Gracias. Veré qué puedo averiguar. Pero tendré que hablar con los otros dos Reyes. Las cosas pueden complicarse.

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él, Lennox. Sólo recuerda quién te paga. Si averiguas algo, yo tengo que enterarme el primero. Y si digo que nadie más debe saberlo, así es como será.

—Es justo —concedí—. Tal vez para empezar usted podría contarme algo más sobre Tam y Frankie. No sé mucho de ellos. Nunca me había cruzado con ninguno de los dos.

Me froté la nuca, recordando lo difícil que había sido convencer a McNab de eso.

—No hay mucho que contar —respondió Sneddon—. Un par de fenianos<sup>2</sup> tratando de prosperar. Ya conoces cómo son: si

2. Feniano es un término que se usa para calificar a los nacionalistas irlandeses. *Mick* es un calificativo peyorativo para referirse a los irlandeses. *Taig* es un término ofensivo para referirse a los católicos en Irlanda del Norte. (*N. del T.*)

hubieran nacido una generación antes estarían cagando en una turbera. Trataron de crear un pequeño imperio; más Tam que Frankie. Tam era duro, ambicioso, y agudo como una tachuela. Frankie era sólo... —Sneddon frunció el ceño mientras trataba de encontrar un símil adecuado—... Frankie no era más que un hijoputa.

—Yo habría pensado que se dividían el trabajo a partes iguales, considerando que eran mellizos y todo eso.

—Sí, tú lo habrías pensado. Pero los sesos no estaban divididos en partes iguales. Tam y Frankie eran gemelos sólo en su aspecto. Como he dicho, Tam ponía el cerebro... y los músculos... de toda la operación. Era un cabroncete muy astuto, lo veas como lo veas. Frankie no. Tam dirigía todo y cuidaba a Frankie. Le echaba las sobras.

—¿Así que se llevaban bien?

—¿Cómo carajo quieres que lo sepa? Yo no me codeo con esa clase de gente, ¿sabes? Pero una vez me contaron que Frankie había presionado a una puta que trabajaba por su propia cuenta. Cuando Tam se enteró le dio a Frankie una buena paliza. Pero también me contaron que Tam pagó una fortuna para que alguien cargara con la culpa de Frankie y se tirara seis meses en el trullo, de manera que éste no tuviera antecedentes.

—¿Frankie no tenía antecedentes?

—No. —Sneddon encendió un cigarrillo sin ofrecerme otro—. Ninguno de los dos los tenía. Tam porque era listo. Frankie porque al parecer Tam hizo todo lo posible para que no tuviera manchas en su historial. Pero, como he dicho, tampoco se privó de darle alguna paliza.

—¿Qué operaciones manejaban? —pregunté.

—Tres bares: el Highlander, el Imperial y el Westfield, y un par de corredores de apuestas; dieron un par de golpes más o menos decentes y además se encargaban de la seguridad de un prostíbulo. Y tenían una pequeña operación de protección. Pero, como he dicho, Tam McGahern era un hijoputa muy astuto. Siempre estaba planeando alguna clase de fraude. Nosotros tratábamos de estar al día sobre sus actividades pero era muy escurridizo.

—Bien —dije, me puse de pie y recogí mi sombrero del re-

cargado escritorio de Sneddon—. Veré qué puedo averiguar. Pero tal vez sea difícil. Hay muchas personas nerviosas por lo que les pasó a los McGahern, y pocos están dispuestos a hablar.

Sneddon se inclinó hacia un lado en la silla y gritó «¡Deditos!» en dirección al pasillo, detrás de mí.

—Ya conoces a Deditos, ¿verdad, Lennox?

—Pero no en su calidad profesional. —Sonreí débilmente, giré en la silla y saludé con la cabeza a la bestia que estaba en el umbral.

—Hola, señor Lennox —dijo Deditos con voz de barítono gigante, sonrió y se sentó en una silla que estaba junto a la puerta. Era un tipo amable, no demasiado brillante. Leía cómics. En ocasiones citaba el *Reader's Digest*. Torturaba gente para Sneddon.

—Esto va a ser duro de roer, Lennox —dijo Sneddon—. La gente no tiene ganas de hablar. Quiero que uses a Deditos si te topas con algo así.

—Escuche, señor Sneddon... Es que ése no es mi estilo. Sin ofender, Deditos.

Deditos McBride se quedó sentado y sonrió en silencio, formando una oscura mole amable pero amenazadora en un rincón. Las conversaciones no eran su fuerte; se había ganado su reputación haciendo que otros hablaran. El origen del apodo «Deditos» se relacionaba con su método de tortura. Consistía en quitarle los zapatos y los calcetines a la víctima, hacer uso de un cortador de pernos y recitar, con un humor irónico sorprendente, «este cerdito fue al mercado». Al parecer Deditos dejaba el dedo gordo de cada pie para el final.

—Les doy la oportunidad de que hablen antes de atacar el dedo gordo —me había explicado el por lo general lacónico McBride en una ocasión—. A menos que el señor Sneddon indique que no quiere que la persona en cuestión vuelva a caminar nunca más. No se puede mantener el equilibrio sin ese dedo, ¿sabe?

—Qué interesante —había respondido yo.

—Sí... —El rostro de Deditos, grande y lleno de cráteres como la luna, resplandecía con un orgullo casi infantil—. Lo leí en el *Reader's Digest*.

## Y

Sonreí para mis adentros mientras salía de la mansión estilo falso nobiliario, falso gótico y falso respetable de Sneddon. Me las había arreglado para pasar de desempleado a empleado en menos de una hora. Y entre el cheque de John Andrews y el montón de billetes de cinco de Sneddon, ya había sumado doscientas libras a mis riquezas.

Lo único malo era que no tenía la menor idea de por dónde empezar a buscar. La policía urbana de Glasgow estaba respirándome en la nuca, que ya estaba bastante maltrecha; algún profesional de alto nivel le había pegado una buena revisada a mi despacho; y el podólogo Neanderthal del infierno no se separaba de mis espaldas.

## Capítulo cuatro

Lo primero que me dispuse a hacer fue averiguar quién era la chica a la que Tam McGahern se estaba beneficiando justo antes de su prematuro fallecimiento. Nadie había mencionado ningún nombre. En otra ocasión habría invitado a Jock Ferguson a una cerveza en el bar Horsehead y se lo habría sonsacado, pero cada vez que pensaba en sus palabras de despedida en el coche era como tocar una cerca electrificada alrededor de la policía. Él era una fuente —por lo general la más importante y fiable— que esta vez no podría usar. No tenía otra elección que zambullirme directamente en el asunto e ir al bar de McGahern en Maryhill.

El bar Highlander estaba sorprendentemente exento de cualquier referencia cultural a las Highlands o a los *highlanders*. Nada de solemnes cuadros de ciervos rodeados de perros o de emperifollados príncipes, ni siquiera una amplia selección de buenos whiskys escoceses de malta detrás del mostrador. Ningún aroma a brezo bañado por la lluvia, a menos que el brezo bañado por la lluvia oliera a humo y pis. En cambio, el Highlander era un ejemplo típico de los pubs de Glasgow llenos de escupitajos y serrín que generaban inmensas ganancias. Era una factoría de empinar el codo. Los hombres que acudían aquí —no había ningún reservado ni ningún salón cómodo y especial para las damas— se esforzaban más en su consumo de cerveza, jerez oloroso o el whisky de mezcla más barato que podían encontrar que en su trabajo en los astilleros o acerías de las que habían venido directamente. Llegué al Highlander poco después de que abriera y ya estaba lleno de gente. Yo mido un metro ochenta, pero aun así me sentí en medio de un océano de

gorras chatas que me llegaban casi al cuello, envuelto en una bruma marina de humo de tabaco.

—¿Todo bien, amigo? —me preguntó uno con una sonrisa de dientes amarillos. Era un joven bajo y desagradable de pelo rubio y sucio peinado hacia atrás en secciones curvas, formando ese corte de pelo típico de los años cincuenta que se conocía como «culo de pato». Hacía un esfuerzo excesivo para irradiar un aire de amenaza y amabilidad al mismo tiempo.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Oh, perfectamente, amigo. No te ofendas, pero tú no eres un cliente habitual de este bar. —Su compañero también sonreía con la misma falsa amabilidad—. ¿Qué te trae por aquí, si no te molesta que te lo pregunte?

Puse cara de «me has pillado».

—Soy periodista. Para ser honesto, he venido por lo del homicidio. Ya sabes, el de arriba.

Un tercer matón entró por la puerta que tenía a mis espaldas. Era más grande que los otros dos. Pero, al igual que ellos, se esforzaba demasiado en mostrarse recio.

44

—Fue una puñetera tragedia. Una puñetera tragedia —dijo el matón bajito y rubio—. El señor McGahern era un caballero. Trataba bien a todo el mundo. Escucha, amigo, nosotros trabajábamos para el señor McGahern. Seguimos haciéndolo, de alguna manera. Podemos darte toda la información que necesites.

—¿Sí?

—Oh, claro... ningún problema. Todo lo que necesites saber.

—¿Y por qué haríais algo así?

—Porque haremos lo que haga falta para ayudar a atrapar a los cabrones que lo hicieron —dijo el más alto, de pelo oscuro—. Para que salga en los periódicos y eso.

La mayoría de los clientes estaban apiñados en filas de a cuatro junto a la barra. En Glasgow beber era una actividad tan seria que se hacía de pie, al menos hasta que uno se desplomara. La mayoría de los que se sentaban en torno a las mesas dispersas y llenas de marcas eran más viejos.

—Vale. Sentémonos a conversar. —Señalé una mesa vacía—. Primero pagaré una ronda para todos.

Cogí sus pedidos y me acerqué a la barra. Cuando regresé

dejaron de hablar entre ellos y las sonrisas volvieron a su sitio. Esto iba a ser divertido. El joven del pelo amarillo y sucio se presentó como Bobby. Sus amigos eran Dougie y Pete. Bebimos una cerveza negra agria y tibia y hablamos sobre la noche del homicidio. Bobby y sus amigos hicieron grandes aspavientos dando a entender que no les gustaba entrar en detalles en un sitio público.

—Tenemos las llaves del apartamento de arriba. Podríamos llevarte allí, amigo. Mostrarte dónde ocurrió —dijo Bobby en tono conspirativo. Hasta el momento nadie me había preguntado para qué periódico se suponía que trabajaba. Recorrió el bar con la mirada e hizo una pausa cuando un hombre de unos setenta años pasó tambaleándose—. No podemos hablar aquí.

—De acuerdo —dije.

Salimos del pub por una puerta lateral que se abría a un callejón que apestaba a orina y cosas peores. Tan pronto estuvimos a fuera, los tres matones me bloquearon. Ésa era la jugada que habían estado telegrafiándose entre ellos desde el momento en que nos vimos. Les planté cara y los miré desde arriba, mientras mi mano se cerraba en torno a la porra que guardaba en el bolsillo.

—Tú no eres periodista —dijo Bobby. La sonrisa había desaparecido y sus movimientos tenían el ritmo entrecortado de alguien que está excitado y listo para la acción—. Tú eres Lennox, el yanqui. Tú eres el que mató a Frankie.

—Si quieres jugar, pedazo de mierda —dije, avanzando hacia él y obligándolo a dar un paso atrás—, vamos a jugar. Y no importa cuántos amiguitos te acompañen; al que voy a hacer daño es a ti. Mucho. ¿Entiendes? No me gusta tu aspecto. Y no me gusta tu olor.

Saqué la cachiporra del bolsillo y hundí mi otra mano en su pecho. Él retrocedió otros dos pasos tambaleándose. Tenía la espalda contra la pared del callejón y había perdido toda confianza en sí mismo. Percibí que los otros dos se acercaban y me di la vuelta.

—En cuanto a vosotros dos... Estoy trabajando para Willie Sneddon. Así que salid cagando leches o terminaréis como vuestros jefes.

El rubio pequeño me miró entrecerrando los ojos, tratando de recuperar algo de credibilidad. Lo abofeteé, con fuerza, y hebras de aceitoso cabello rubio cayeron sobre su frente. Algunas gorras dentro del pub giraron en nuestra dirección.

—¿Qué vas a hacer ahora, capullo?

Los otros no se movieron. En cambio miraron con furia a su colega, que los había dejado malparados a todos.

—Os diré lo que vais a hacer —continué—. Ni una mierda. Porque eso es lo que sois... Ni una mierda. Nada. Vuestro jefe está muerto, el hermano de vuestro jefe está muerto. Estáis a punto de ser tragados por los grandes, así que no finjáis que estáis aquí para defender algo.

Esperé que hicieran algún movimiento. No lo hicieron. En cambio, se miraron entre sí con gesto de desorientación. Ahora mandaba yo.

—Lo que vosotros, panda de maricones, vais a hacer, es llevarme arriba, como dijisteis, enseñarme el apartamento y contarme todo lo que necesito saber. *Todito*. Y no va a haber ningún problema y no me vais a ocultar nada. Porque si lo hacéis, volveré. Y no estaré solo. Willie Sneddon me ha prestado a Deditos McBride por si tengo la impresión de que no queréis cooperar.

Ése fue el factor decisivo.

—Podemos hablar arriba —dijo Bobby, el del pelo rubio grasiento y la cara roja por la bofetada—. En el apartamento.

Obligué a los tres matones a ir delante de mí. Salimos del callejón a la calle y usamos una puerta que estaba justo al lado de la entrada principal del bar. Daba directa a un vestíbulo tan pequeño que apenas había sitio para la puerta cuando se abría. Una empinada escalera llevaba a un rellano igualmente pequeño con una puerta a la izquierda. Ése era el sitio en que a Tam McGahern le habían dado por el culo de la peor manera posible. Había algunos rastros pegajosos allí donde alguien había limpiado sin muchas ganas. Mientras subíamos alcanzamos a oír los ruidos y a sentir los olores del pub. Los tres delincuentes iban delante de mí y aprovecharon la oportunidad para intercambiar unos balbuceos. Cuando llegamos arriba, Bobby abrió la puerta.

—Es aquí.

—Vosotras, chicas, entrad primero —dije.

Tan pronto crucé la puerta hundí el codo en la cara del más grande de los tres, luego golpeé fuerte al segundo en la sien con mi porra. El de mayor tamaño se recuperó lo suficiente como para intentar atacarme. Fue un movimiento torpe y lo esquivé con facilidad, usando su impulso para hacerle atravesar la puerta que seguía abierta, golpearle la cara contra la pared con la fuerza suficiente como para dejar una mancha roja y darle un empujoncito de costado para que cayera hasta el fondo de la escalera. Bobby, el rubito, se limitó a mirarme. Su colega estaba cubriéndose la nariz con las manos tratando de parar la sangre. Le di una fuerte patada en la ingle y dejó de preocuparse por la nariz. Cuando cayó al suelo lo pateé en un costado de la cabeza y sus luces se apagaron. Bobby retrocedió.

—¿Por qué carajo has hecho eso? —chilló indignado, pero al mismo tiempo deslizó la mano por el bolsillo externo de su chaqueta estilo Eton.

—Eso es por lo que sea que estabais planeando en el bar y en la escalera. También para mostrarte que no estoy para juegucitos.

Di un paso en su dirección, él sacó una navaja de su bolsillo e hizo un tajo en el aire delante de su cara.

—Atrás. Voy a rajarte, cabrón. —Su voz era estridente y temblorosa.

Miré a mi alrededor. No había mucho donde escoger, así que levanté una silla de madera y la proyecté con toda mi fuerza sobre su brazo. Él soltó la navaja y yo lo empujé con la silla, golpeándolo debajo del ojo con el extremo de una de las patas. Se tambaleó hacia atrás y yo tiré la silla a un lado. Le di dos golpes en la cara, justo en el lugar en que le había acertado con la pata de la silla y que ya estaba hinchándose. Ya no tenía fuerzas para mantenerse en pie; se desplomó, me abalancé sobre él y le presioné el esternón con la rodilla, quitándole todo el aire de su estrecho tórax. Cogí la navaja y la sostuve contra su ojo, que seguía abierto, con la hoja casi besándole la parte blanca alrededor del iris. Empezó a chillar.

—¿Alguna vez has matado a alguien, Bobby? —le susurré—. Vamos, que si has matado de verdad.

Él negó enérgicamente con la cabeza, pero con movimientos lo bastante pequeños como para que la hoja de la navaja, que reflejaba un brillo agudo, no le cortara.

—Yo sí —dije—. A docenas de personas. En la guerra. Y de cerca, como ahora, ¿entiendes?

Él graznó y deduje que estaba asintiendo.

—Podría acabar contigo ahora mismo, capullo. O tal vez sólo te deje ciego y te quite el ojo. No me costaría nada. Uno se acostumbra a matar, ¿sabes? A hacer daño a la gente. Se vuelve un hábito. —Hice una pausa—. Pero te diré algo... Te diré a qué dos personas no maté: a Tam y a Frankie McGahern. Y me está empezando a irritar de verdad que la gente ande por ahí diciendo que sí lo he hecho. ¿Has comprendido?

—Sí.

Le dejé la hoja junto al ojo durante un segundo para enfatizar mi posición, luego me incorporé y deslicé la navaja en mi bolsillo.

48 Eché un vistazo al piso. Estábamos en la habitación principal, que hacía las veces de sala y de cocina. El único otro cuarto era el dormitorio. No había baño ni aseo. Supuse que esas instalaciones estaban en la parte de atrás, compartidas con el bar. Muy romántico.

Las grasientas ventanas estaban semicubiertas de grisáceas telarañas de mugre. No había alfombra alguna en el suelo de madera; los muebles eran viejos y espartanos. En un rincón había una pila de cajones de cerveza. A la hora de escoger un lugar para seducir, estaba claro que Tom McGahern no era George Sanders.

Bobby hizo un movimiento para levantarse del suelo pero yo volví a empujarlo con el pie.

—No me darás más problemas, ¿verdad, Bobby?

Negó con la cabeza con fuerza.

—Siéntate allí. —Le señalé una silla de club vieja y gastada—. Y quédate quieto.

Me acerqué a la puerta, donde el colega de Bobby comenzaba a removerse. Lo alcé hasta ponerlo de pie, le dije que recogiera a su amigo que estaba a los pies de la escalera y que se largaran. Él asintió con un débil movimiento de la cabeza y se escabulló.

Después de que se marcharan pasé al dormitorio. La cama era vieja y la cabecera estaba oxidada, como si la hubieran recogido en una chatarrería, pero las sábanas estaban razonablemente limpias. Aquí tampoco había nada que cubriera las tablas del suelo, y en los rincones de la habitación se habían acumulado motas de polvo y roña.

Algo me llamó la atención. En un rincón había un pedazo de tela azul claro. Lo recogí. Un pañuelo de mujer, de encaje barato, que estaba manchado con oscuras salpicaduras de sangre. Éstas eran pequeñas, algunas del tamaño de un alfiler. Solté el pañuelo: el origen de la sangre no tenía nada que ver con las heridas de Tam McGahern. Dos escopetas a esa distancia no habrían dejado un rastro tan delicado.

Volví a la sala, encontré la única silla que quedaba libre y la ubiqué delante de Bobby. Uno de sus ojos se había cerrado del todo, y ese lado de la cara se había inflado como un globo con una hinchazón de un desagradable tono rojo. Las franjas de pelo engominado que antes llevaba peinadas hacia atrás ahora colgaban como alas rotas sobre sus orejas. Daba la impresión de que estaba a punto de echarse a llorar. Sentí ganas de volver a golpearle, verdaderas ganas. En cambio, encendí un cigarrillo.

—¿Quién mató a Tam McGahern? —pregunté.

—No lo sé, lo juro. No había nadie aquí... Quiero decir, en el bar, o por aquí, cuando ocurrió.

—Sí había. Estaba la chica.

—Excepto la chica.

—¿Cómo se llamaba?

Durante un momento me pareció que tenía miedo. Estaba pensando si mentirme o no. Decidió no hacerlo.

—Wilma. Wilma Marshall.

—¿Era prostituta?

—No, en realidad no. Trabajaba de camarera en uno de los otros bares de Tam. Uno de los mejores; Wilma tenía cierta clase. Tam era la clase de hombres que cogen lo que quieren.

—¿Dónde está ella ahora? ¿Cómo se llama el bar en el que trabaja?

—Era el Imperial, pero ya no está allí. Trabajaba allí a veces sí y a veces no. Desde el asesinato desapareció.

—¿Quién la hizo desaparecer?

—No lo sé.

Me puse de pie y Bobby extendió las manos.

—Lo juro... De verdad, no lo sé. No fue nadie relacionado con la gente de Tam. Tal vez lo decidió ella misma. También pensamos que podría haber sido la policía. Ya sabes... Protección de testigos, algo así.

—¿Ella le contó algo a alguien sobre lo que ocurrió aquella noche?

—Sólo lo que usted probablemente ya sabe. Se escondió en el dormitorio cuando oyó los disparos. Después se asomó por encima de la repisa de la ventana y vio a dos tipos con trajes elegantes y escopetas recortadas que se subían a un coche. Hubo más personas que también los vieron y contaron lo mismo... que eran elegantes, y muy tranquilos. Volvieron caminando al coche como si no tuvieran ninguna prisa.

Le di un cigarrillo a Bobby y se lo encendí. Las manos le temblaban mientras fumaba. No tenía pasta de gánster. Tam y Frankie McGahern se habían rodeado de inútiles para sentirse más importantes. No pasaría mucho tiempo antes de que uno de los Tres Reyes mandara a alguien mucho más malvado que yo para pasar la aspiradora por lo que quedara del diminuto imperio de los McGahern. Si Bobby o sus camaradas se interponían, estarían en el fondo del Clyde en cuestión de horas.

—¿Y la policía no sabe nada? —le pregunté.

—Nada que valga la pena. Al menos nada sobre Tam. El rumor era que creían que había sido usted quien se cargó a Frankie. Ahora la pasma busca a Jimmy Wallace para hablar con él. Lo han estado buscando desde la muerte de Frankie.

—¿Jimmy Wallace?

Bobby me leyó el pensamiento y negó con la cabeza.

—Es un callejón sin salida. Jimmy no se cargó a Frankie y no hay ninguna duda de que no mató a Tam. Es sólo que desapareció la noche en que mataron a Frankie.

—¿Jimmy Wallace trabajaba con vosotros? Quiero decir, ¿era parte del equipo de los McGahern?

—No, para nada. Wallace era un pajillero. Un pajillero de clase alta. Estaba siempre pegado a Tam, pero éste lo soportaba.

A Jimmy nunca le faltaban uno o dos chelines, aunque bebía como un puto pez. Y apostaba, también. A mí me daba la impresión de que Tam se ocupaba de que siempre tuviera dinero.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tam lo soportaba por alguna razón. Se suponía que habían estado juntos en el ejército, en el desierto.

—¿Y tú crees que Jimmy no tuvo nada que ver con ninguno de los asesinatos?

—No, seguro que no. Le tenía devoción a Tam, más que nada porque era quien le daba de comer. No sé qué había pasado entre ellos antes, pero era como si Tam sintiera que tenía una deuda con Jimmy, algo así. De otra manera Tam jamás habría aguantado las gilipolleces que decía Jimmy.

—¿Entonces por qué huyó cuando mataron a Frankie?

—Ni idea. —Bobby se encogió de hombros y se alisó las alas rotas de su pelo engrasado. Todavía le temblaban los dedos—. Cuando Tam murió ya no tenía quien le diera de comer. O tal vez supuso que él sería el siguiente.

Reflexioné un momento y negué con la cabeza.

—No tiene sentido. Si fuera así habría huido después de que se cargaran a Tam. ¿Por qué esperar a que a Frankie le convirtieran la cabeza en mermelada?

Bobby volvió a encogerse de hombros pero me miró con aprensión. Estaba claro que creía que le daría otra tunda por no ser capaz de explicarme las contradicciones de su relato.

—¿Dónde vive Jimmy Wallace? —pregunté.

—Lo siento, señor Lennox. Eso tampoco lo sé.

—Antes de que mataran a Tam, ¿apareció alguna cara nueva por aquí, o pasó algo fuera de lo común?

Bobby me miró con expresión de ignorancia. Me di cuenta de que estaba tratando de pensar en algo para decirme y así evitar otra bofetada. Percibí que le había venido algo a la memoria.

—Jackie Gillespie vino un par de veces.

—¿El ladrón armado? ¿Acaso Tam planeaba un robo?

—No lo sé. Pero lo vi en el Highlander con Gillespie tres, quizá cuatro veces. Muy juntos y hablando mucho.

—Gillespie... —dije, más para mí mismo que para mi

nuevo amiguito—. Gillespie es un peso pesado. Demasiado para el nivel de los McGahern. —Sacudí la cabeza para no seguir pensando en ello—. ¿Algún otro?

—Había dos tipos que yo jamás había visto antes. A veces yo le hacía de chófer a Tam, y él se encontró con un gordo grandote que se alojaba en el hotel Central. Jimmy Wallace lo acompañaba.

—¿Recuerdas algo de ese hombre?

—No, no mucho. Salvo que me pareció extranjero, o algo así. Sólo lo vi de lejos, una vez que salió del hotel con Tam, pero fue por su aspecto, por cómo se vestía, esas cosas.

—¿Y el otro desconocido?

—Éste era diferente. Un cabroncete pequeñito y grasiento al que le colgaba un párpado.

La idea de que Bobby se refiriera a alguien como un cabroncete pequeñito y grasiento me hizo sonreír.

—¿Cuál era el negocio de McGahern con este tipo?

—No lo sé, lo juro. Pero este tipo le tenía miedo a Tam. El otro, el extranjero gordo, parecía que no, y el cabrón de Jackie Gillespie no le tiene miedo a nadie.

Dejé a Bobby en el apartamento y salí a la calle. Reflexioné sobre lo que me había contado. Era probable que el extranjero y el tipo del párpado colgante que Bobby había mencionado fueran insignificantes; sólo negocios. Pero Jimmy Wallace me intrigaba. Jamás había oído ese nombre antes, pero a juzgar por lo que Bobby había dicho, eso era natural. No había sido un miembro activo de la pandilla de McGahern, pero al parecer sí estaba en nómina. También se me ocurrió que Bobby lo había descartado muy fácilmente como sospechoso del asesinato. Tal vez fuera un pajillero, según las palabras de Bobby, pero como ex Rata del Desierto era bastante seguro que sabría manejarse muchísimo mejor que Bobby o sus camaradas. También era muy probable que Wallace hubiera matado en combate. Y la pregunta de por qué había desaparecido después de la muerte de Frankie y no después de que borrarán a su jefe, Tam, seguía sin respuesta.

Eso no era todo lo que me crispaba los nervios. Los modales tranquilos de los asesinos me molestaban; eran profesionales. Si sales corriendo o huyes a toda velocidad en coche después de un homicidio, la gente recuerda tu matrícula o tu aspecto lo bastante como para describirte. Si no tienes prisa, los viandantes tienden a no mirarte; más bien mantienen la cabeza baja por si aún no has terminado de disparar. Y si pareces tranquilo y despreocupado, los testigos potenciales temen que vuelvas a buscarlos más tarde si hablan.

Muy profesional, sin duda. Igual que el repaso que le habían dado a mi oficina.

## Capítulo cinco

54 **E**s difícil desaparecer en Glasgow —como me había dicho Jock Ferguson, en realidad no era una ciudad, sino una aldea gigantesca—, pero Wilma Marshall lo conseguía bastante bien. Yo había localizado la casa de su familia: sus padres y dos hermanas vivían apiñados en un apartamento de dos habitaciones en una zona que parecía una madriguera de ratas llena de casas de vecinos, con un aseo en el rellano compartido con otras tres familias. El hogar de los Marshall casi podía ser descrito como una pocilga; sólo le faltaban algunos arreglos para llegar a ese estado. Casi la tercera parte de los hogares de Glasgow podían ser descritos de la misma manera. Era la clase de lugar del que cualquier chica haría lo que fuera por escapar, que engendraba aquella feroz ambición que había impulsado a generaciones de tíos duros y gánsteres de Glasgow. Y tal vez a un par de empresarios.

No me acerqué a la familia Marshall; el riesgo de que acudieran directamente a la policía, si ésta era quien tenía a Wilma, era demasiado grande. Ni siquiera podía vigilar el apartamento: las casas de vecinos de Glasgow rebosaban de vida, humana o no, y habría demasiados ojos observando las constantes idas y venidas; mi coche, o incluso yo mismo, desentonaríamos terriblemente en la calle.

Pero, como he dicho, Glasgow no es un lugar en el que uno pueda desaparecer.

La vi un viernes por la tarde, en la calle Sauchiehall. No a Wilma Marshall, a quien debería haber estado buscando, sino a Lillian Andrews, la esposa del empresario pequeñito y nervioso del húmedo apretón de manos y el clavel y la historia

poco convincente para disimular su desaparición y su repentina reaparición.

Había estudiado la fotografía que me había dado Andrews, y reconocí a Lillian de inmediato. Era bastante alta, de pelo oscuro y labios carnosos pintados de rojo profundo. El caro género de su chaqueta a medida y su falda tubo se aferraban a sus curvas mortales. La estola de piel de zorro que le rodeaba los hombros habría costado más que el salario anual promedio de Glasgow. Tenía rasgos armónicos, pero no llegaban a ser hermosos. Sin embargo, no había duda de que Lillian Andrews era una de las mujeres más sexualmente atractivas que yo había visto: rezumaba *sex-appeal* por cada poro.

Ella se dio cuenta de que estaba mirándola cuando pasé a su lado por la calle y sus carnosos labios dibujaron una sonrisita. No era una invitación, sino la aceptación de la única reacción natural que un macho de sangre caliente podía tener ante ella. No me reconoció, desde luego; no tenía la menor idea de que yo era el hombre que su marido había contratado y luego descontratado para encontrarla. Pero evité sus ojos. No supe por qué: yo estaba fuera del caso y no había duda de que ella no seguía desaparecida, pero por alguna razón no quise llamar su atención.

Lillian estaba con una amiga, una mujer más baja, de pelo dorado y semiondulado. La acompañante de Lillian Andrews era casi tan atractiva como ella, pero su atuendo no era tan caro. Me volví a mirar un escaparate, todavía bastante vacío a pesar de que el racionamiento ya casi había terminado; la austeridad era un estado mental que al parecer se aferraba con una oscura comodidad a la psique escocesa. Esperé hasta que estuvieran a unos veinte metros de distancia y a que un número razonable de viandantes me ocultaran antes de empezar a seguir las.

Logré no perder de vista a las dos mujeres, sin que ellas advirtieran mi presencia, durante un par de horas de compras. En las tiendas más grandes, como Copland y Lye, pude seguir las de cerca, pero la mayor parte del tiempo permanecí fuera, al

otro lado de la calle y fumando, vigilando y esperando que salieran por la puerta principal. Estaba dedicando mi tiempo a esto y empezaba a aburrirme, pero hay cosas que suenan falsas y entonces te molestan como un sordo dolor de muelas; que John Andrews me hubiese pagado para sacarme del caso era una de ellas. La otra era el hecho de que John y Lillian Andrews formaban la pareja más extraña que había visto. Sabía que era frecuente que las mujeres se casaran por dinero, pero Lillian Andrews podría haberse fijado miras mucho más elevadas, incluso en Glasgow.

Las dos mujeres desaparecieron en la peletería Coupar's Furs una eternidad y cuando salieron la rubia agarraba alegremente un abultado paquete envuelto con cintas. Era difícil descifrar su expresión desde el otro lado de la calle, pero parecía denotar más que la satisfacción por haber hecho una compra: me dio la sensación de que se lo habían regalado.

56 Empezaba a oscurecer, de modo que ya no tenía que buscar que otros compradores me cubrieran. Las calles acechaban tras un denso telón de niebla. La industria de Glasgow, un millón o más de hogueras de carbón y su clima húmedo y pegajoso la ponían en segundo lugar después de Londres respecto de la densidad y la peligrosidad de su *smog*. Muchos niños habían sido concebidos tras el húmedo telón de la contaminación, mezcla de humo y niebla, de Glasgow, pero muchos más se habían asfixiado en esa mortaja. El año anterior había sido el peor del que se tuviera memoria en cuanto a la cantidad de muertes por *smog* en ciudades industriales a todo lo largo y ancho de Gran Bretaña, y el Gran Smog de Londres se había cobrado miles de vidas. Se hablaba de una Ley de Aire Puro, pero hasta el momento no se había hecho nada. Esa noche, como todas, el *smog* descendió sobre la ciudad: más de un alma dejaría este mundo por falta de aire decente para respirar.

Yo había desarrollado un sexto sentido respecto al *smog*: siempre podía percibir su apretón en mis pulmones una buena media hora antes de que llegara realmente. Se encendieron las farolas de la calle, pero apenas emitían unos pálidos resplandores cubiertos de gris. Me levanté el cuello del abrigo y tiré ha-

cia abajo el ala de mi sombrero. Era posible que el *smog* me ocultara, pero también podía ocultar a las personas que estaba siguiendo. Necesitaría acercarme.

Lillian Andrews se despidió de su amiga con un beso y se subió a un tranvía. Subí yo también, pero me senté lo más lejos posible en el vagón, manteniendo el ala de mi sombrero cubriéndome la parte de la cabeza que ella podía ver. Se bajó en Trongate. Esperé unos momentos y unos setenta metros antes de saltar del tranvía en marcha, con la revisora gritándome algo en un gaélico ininteligible. El *smog* se había puesto tan denso que no podía ver más allá de unos metros. Tenía que moverme rápido si quería localizar el ruido de sus tacones sobre el empedrado, que parecían avanzar en la dirección de Merchant City.

La perdí.

Me detuve y volví a tratar de captar el taconeo, pero eso también desapareció. Avancé unos metros, manteniendo el bordillo de la acera a la vista; con esa niebla era fácil pasar por error a la calzada y desorientarse completamente. Ella me había llevado hasta la zona de Merchant City, y yo ya no estaba seguro de en qué calle me encontraba. Me detuve y volví a escuchar: nada. Maldije, incapaz de decidir si debía seguir adelante o si sería mejor tratar de desandar mis pasos a través de la gris penumbra. Avancé unos metros. Cuando pasé por la entrada de un angosto callejón, alguien me agarró fuerte y rápidamente.

—Te vi antes —dijo Lillian Andrews mientras tiraba de mí hacia el callejón. El *smog* nos cubrió de inmediato—. Vigilándome. Estabas siguiéndome, ¿no?

No me dio ninguna oportunidad de responder, sino que clavó su boca en la mía. Su lengua se abrió paso entre mis dientes. Me dio un empujón, se apoyó contra la pared del callejón y se desabotonó la chaqueta y la blusa, dejando al descubierto sus grandes pechos blancos como la leche bajo la luz mortecina.

—¿Esto es lo que quieres? ¿Por esto me seguías?

Miré los pechos. Su mano ya estaba en el bulto de mi pantalón y la naturaleza le había dado algo que agarrar. Podía oler el perfume que me había pasado con su beso. Pensé en el hom-

bre pequeño y asustado que había tratado de pagarme para que saliera del caso.

—Escuche... —Retrocedí—. Yo...

—¿No? —dijo ella con una sonrisa fría—. Ya me parecía.

Algo que sentí como un martillo de acero se clavó en la parte de atrás de mi cabeza y de pronto el *smog* penetró en mi cráneo. Se volvió incluso más grueso. Más oscuro.

Como muchos de los habitantes de Glasgow los fines de semana, el sábado por la mañana me desperté en un pabellón del hospital Western General. Había una bonita enfermera sentada al lado de mi cama leyendo el *Glasgow Herald*. Traté de sentarme pero algo explotó en mi cráneo. Se encendieron unas luces fuertes y un dolor agudo atravesó mi cabeza sin piedad. Me exploré delicadamente la parte de atrás de la cabeza con las puntas de los dedos, sentí el pelo pegajoso bajo mi roce y me estremecí cuando me topé con un feo relieve en el cuero cabelludo puntuado por los duros nudos de una sutura quirúrgica.

58

—Bueno, bueno... —dijo la enfermera—. No conviene que hagamos eso, ¿verdad?

Gemí y contuve una oleada de náuseas.

—Tenemos que tranquilizarnos.

La enfermera mantenía su tono solícito y poco convincente. A través del dolor me pregunté si existiría alguna convención, alguna reglamentación, que obligaba a todos los profesionales de la salud a hablar en primera persona del plural.

La enfermera —pequeña, como la mayoría de los oriundos de Glasgow— arrugó su bonito y perplejo ceño.

—Creo que deberíamos llamar al doctor...

Miré su cara en forma de corazón, coronada por un pelo rojizo y una gorra de enfermera.

—¿Por qué no hacemos precisamente eso, enfermera? —dije.

Vi cómo desaparecía su figura pequeñita y esbelta e hice una nota mental, en mi muy dolorida cabeza, de intentar insinuarme más tarde. Fue en ese punto cuando los acontecimientos de la noche previa volvieron a mi memoria: la piel lechosa

de Lillian Andrews; su lengua caliente y penetrante; el golpe en la cabeza de su cómplice, escondido en los remolinos de *smog*.

La enfermera regresó junto a un doctor joven y flacucho con mala piel y una artificial actitud autoritaria.

—Ah, señor Lennox... Parece que se dio un porrazo en el cráneo anoche. ¿Tal vez bebimos un poco de más? —Ahí estaba de nuevo la primera persona del plural.

—Dejemos una cosa clara —dije—. En primer lugar, soy el capitán Lennox. Segundo, si usted hubiera hecho el más básico de los análisis sanguíneos, sabría que no había absolutamente nada de alcohol en mí. Entonces, antes de empezar a usar ese tonito condescendiente, hijito, asegúrese de que tiene el nivel social o intelectual para hacerlo. Ahora, dígame... ¿Tengo el cráneo fracturado?

—No.

Las mejillas del interno enrojecieron de golpe. Los británicos eran muy fáciles de manipular, tan acosados por cuestiones de clase y autoridad. En algunas ocasiones después de mi baja había hecho uso de mi rango militar. El hecho de que mi acento fuera difícil de localizar también los desconcertaba. A mí me resultaba gracioso; muchos británicos me habían hablado de la «saludable falta de respeto por la autoridad» que gastaban sus compatriotas. Pero después de los alemanes, eran los más predispuestos a seguir, sin preguntas, las instrucciones de sus «superiores». Y los alemanes habían aprendido la lección.

—¿Hay algún edema serio como resultado del golpe en la cabeza?

—Nada visible, señor... Capitán Lennox.

—¿Estoy lo bastante bien como para darme el alta?

—En realidad, creo que sería buena idea si se quedara con nosotros un tiempo.

—¿Y eso por qué, exactamente? Según lo que acaba de decir, la herida de la cabeza no es tan grave.

—Es lo bastante grave para que pensemos que debemos vigilarlo. —Trató de recuperar parte de la autoridad perdida—. Y si la herida se la produjo alguien, tal vez deberíamos avisar a la policía. No obstante, su cabeza no es nuestra principal preocu-

pación en este momento. Como sabe, la tuberculosis es endémica en Glasgow, y el Servicio Nacional de Salud tiene el objetivo de erradicarla de la ciudad; de todas partes, para el caso. A usted lo trajeron en ambulancia. Lo encontraron en, bueno... inconsciente, en un callejón. Así que podrá entender por qué pensamos que estaba relacionado con el consumo de alcohol.

—¿Y eso qué tiene que ver con la tuberculosis?

—Bueno, como parte del programa, hacemos por rutina un estudio, quiero decir, una radiografía, de los pulmones de cualquiera que haya ingresado en esas circunstancias. En realidad, hay planes de incorporar un sistema móvil de radiografías. En cualquier caso, le hemos hecho una del pecho, y me temo que hemos encontrado lo que parece ser una pequeña sombra en el pulmón izquierdo. Sin embargo, creemos que podría deberse a un error en la película. Nos gustaría hacerle otra.

—¿Tuberculosis? —Pensé en los ataques de tos matinales que tenían lugar cada vez que encendía mi primer cigarrillo; en la forma en que siempre podía predecir la aparición de un *smog* fuerte.

60

—Yo no me alarmaría demasiado, si fuera usted. Es muy posible que se trate de una mancha en la película. ¿Usted tiene tendencia a sufrir ataques de tos?

—¿Acaso no le pasa a todos en esta ciudad? A veces, por la mañana.

—¿Es una tos productiva? Quiero decir, ¿expectora algo? ¿Sangre, especialmente?

Negué con la cabeza.

—Entonces yo no me preocuparía. Si es tuberculosis, la hemos detectado temprano y podremos resolverlo. Hay un lugar al que podríamos mandarlo. Un sanatorio, en el norte. Aire limpio. Haría maravillas con usted.

—¿Uno de esos lugares donde te hacen dormir a la intemperie? Prefiero arriesgarme con el *smog*.

—Es mejor asegurarse.

Pasé el resto del día en el pabellón mientras la resplandeciente maquinaria del flamante Servicio Nacional de Salud de

Gran Bretaña rodaba con la eficiencia de un antiquísimo buque de vapor. Durante mi espera usé el teléfono público del vestíbulo para llamar a la señora White. Le expliqué que me habían ingresado en un hospital para una observación y le conté que estaban preocupados por mi pecho. Omití el hecho de que por segunda vez en rápida sucesión me habían usado como a un saco de arena de boxeo. Le dije que le avisaría si tuviera que internarme o no en un sanatorio. En cualquier caso, la tranquilicé, seguiría pagando el alquiler para conservar la habitación.

—Avíseme tan pronto sepa algo, señor Lennox.

Me gustó el sonido de su voz por teléfono. Sonaba más joven. Me ayudó a imaginarla antes de que la guerra y la pena la cambiaran.

Me hicieron una nueva radiografía a media tarde y una hora después el joven doctor volvió para confirmar que había salido limpia. Me volvió a examinar la cabeza.

—Usted mencionó un sanatorio... ¿Dónde queda? —pregunté.

Pareció confundido un momento.

—¿Ha entendido que le hemos dicho que está fuera de peligro?

—Sí —respondí con irritación. No estaba pensando en mí; lo que tenía en mente era un pañuelo de encaje barato manchado de sangre—. Sólo quería saber dónde mandarían a alguien que presentara síntomas de tuberculosis o de enfermedades bronquiales. ¿Dónde se encuentran esos sanatorios?

Me explicó que la mayoría de los casos de tuberculosis de Glasgow se trataban en el hospital Hairmyers, de donde se los mandaba a sanatorios en el campo. Me dio tres direcciones: dos en el condado de Inverness, la otra en el condado de Perth.

—La mayoría de los pacientes de Glasgow son ubicados en el sanatorio del condado de Perth —aclaró—. Es más fácil llegar para los parientes que quieren visitarlos. Pero las demandas superan las instalaciones. A veces los mandan más lejos, hacia el norte.